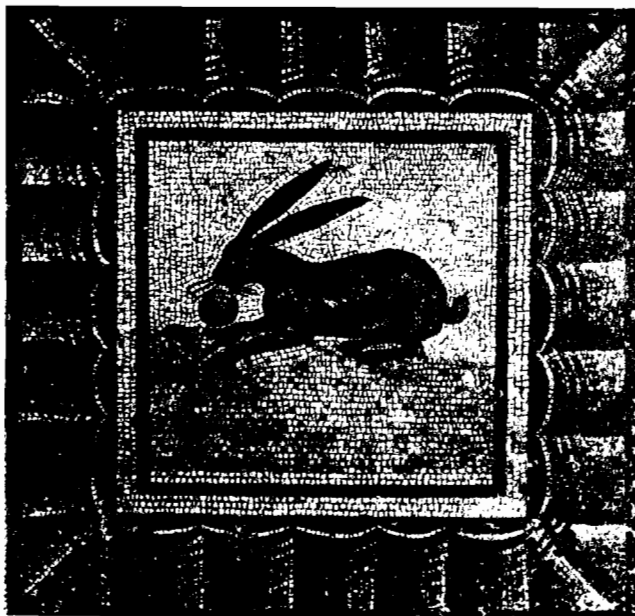


reseñas

Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality

Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century

John Boswell



John BOSWELL: Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century, The University Chicago Press, Chicago y Londres, 1980, 424 páginas. 17 × 24 cm.

Es de esperar que la reciente traducción al francés de este importante libro, en la prestigiosa «Bibliothèque des Histoires» de la editorial Gallimard¹, lo ponga más al alcance del público español culto, y llame la atención de las editoriales peninsulares sobre la necesidad de traducirlo al castellano. No deja de ser sorprendente, en efecto, el escaso interés demostrado por éstas hacia temas de gran actualidad que hoy en día ya no pueden considerarse como exclusivos de minorías estridentes o socialmente peligrosas².

Desde hace ya más de quince años los estudios sobre las minorías eróticas han alcanzado en los países anglosajones un alto nivel de cientificidad y de publicidad, debido en gran parte a nuevos planteamientos muy alejados de los clásicos enfoques médicos, jurídicos o más estrechamente penales. Los temas relativos al eros homosexual son los que se han beneficiado de mayor virtuosismo de exposición y de reactualización, claro signo de la toma de conciencia por parte de amplios sectores del colectivo gay de la necesidad de tomar a cargo su propia historia y su propia imagen. En esta novedosa labor de examen crítico cabe señalar la calidad de las aportaciones de los historiadores y de los antropólogos. El libro de John Boswell que hemos escogido para la presente reseña se sitúa dentro de esta doble corriente y constituye seguramente el intento más interesante de estos últimos diez años por restituir toda una subcultura medieval prácticamente ignorada y también por dilucidar la génesis de la ideología represiva que iba a triunfar a partir del siglo XIII. Interesa por lo tanto no sólo a los estudiosos de la homosexualidad o de la vida sexual en general, sino también a todos los historiadores de las ideologías y de las mentalidades.

Boswell parte de una problemática original que invierte los términos tradicionales del análisis de la represión anti-homosexual: considerando que existió, de manera irrefutable, desde la antigüedad clásica hasta fines del siglo XII por lo menos, una «subcultura gay» —el autor rechaza el término de homosexual, demasiado marcado según su criterio—, la cual gozó de una tolerancia práctica y teórica suficientes para que pudiera florecer sin grandes trabas entre amplios sectores de la élite intelectual, habrá pues que preguntarse, no tanto por qué existió tal subcultura o tal expresión de la vi-

1. Boswell, John: *Christianisme, tolérance sociale et homosexualité. Les homosexuels en Europe occidentale des débuts de l'ère chrétienne au XIVe siècle*, Paris, Gallimard, «Bibliothèque des Histoires», 1985, 521 pp.

2. Entre los libros más recientes aparecidos en España sobre el tema, citaremos estos tres: Cardín, Alberto, *Guerreros, chamanes y travestis*, Barcelona, Tusquets, 1984; Carrasco, Rafael: *Inquisición y represión sexual en Valencia. Historia de los sodomitas (1565-1785)*, Barcelona, Laertes, 1986; varios autores, *Homosexualidad: literatura y política*, trad. del americano, Madrid, Alianza, 1985 (contiene un interesante artículo del mismo Boswell: «Hacia un enfoque amplio. Revoluciones, universales y categorías relativas a la sexualidad»).

vencia homosexual, como a partir de cuándo y de qué argumentos la teología y el derecho se hicieron cargo del sentimiento popular antihomosexual vigente. Entonces, a la idea de una condena universal y milenaria que habría atravesado toda la Edad Media, Boswell sustituye la de una edad de oro altomedieval de la expresión del sentimiento homófilo, bruscamente interrumpida a fines del siglo XII por la emergencia de una ideología teológico-moral represiva que los historiadores venían situando tradicionalmente en la época de los primeros tiempos del cristianismo.

Muy simétricamente, el libro consta de cuatro partes de tres capítulos cada uno: «Puntos de partida», «La tradición cristiana», «Las mudanzas de la Fortuna» —*Shifting Fortunes*— y «La subida de la intolerancia». La primera parte contiene una importante introducción de 35 páginas y un primer capítulo titulado «Definiciones» en los que el autor se explica sobre su terminología —en particular la reivindicación de la palabra **gay** como término científico y no-devaluado— y sobre su concepto de la homosexualidad, de su historia y de su positividad. Estos dos capítulos, fundamentales para entender las motivaciones del autor, sitúan de manera clara su investigación dentro de una doble perspectiva: un enfoque intra-homosexual, que podríamos llamar de defensa e ilustración de la homosexualidad, y un enfoque neutro o extra-homosexual de análisis histórico de las ideas y de las mentalidades. En la tercera parte, el capítulo noveno, titulado «El triunfo de Ganimedes: la literatura gay de la Alta Edad Media», aporta muchos datos de máximo interés sobre un tema hasta ahora muy poco conocido. Dos apéndices —el primero, muy técnico, sobre el vocabulario de San Pablo y sus traducciones; el segundo con la traducción de los textos fundamentales, poemas de inspiración homosexual de clérigos medievales, escritos de los Padres de la Iglesia, etc.—, una bibliografía y dos índices, uno de las palabras griegas y otro general, temático y onomástico, concluyen este libro militante y erudito.

Buscar en esta obra de John Boswell tan sólo una historia de las prácticas y de la cultura homosexuales desde la Grecia arcaica hasta la baja Edad Media sería reducir considerablemente su alcance. Porque se trata primero de un estudio de la tolerancia que una sociedad es capaz de manifestar hacia un comportamiento minoritario. El autor intenta averiguar cómo se pasó en Occidente de una casi ausencia de evaluación moral de la homosexualidad a una condena absoluta que la transformó en una gravísima disidencia sexual y, para no pocos influyentes pensadores, en el mayor de los pecados. A través de un minucioso y brillante análisis de los textos anti-gueros fundamentales, el libro demuestra perfectamente, a

nuestro parecer, que nada en la tradición grecolatina —que tanto influyó en los primeros cristianos—, ni en la Sagrada Escritura, ni en la enseñanza de Cristo o de San Pablo, podía ser utilizado —como de hecho no lo fue—, hasta los siglos XII-XIII, por parte de los poderes seculares y eclesiásticos, con el fin de asentar una denuncia moral del comportamiento homosexual, exceptuando unas contadas excepciones aisladas y sin porvenir. En particular, el autor interroga minuciosamente todos los textos invocados a partir del siglo XIII para justificar la condena y llega a la conclusión de que, fuera de unas pocas afirmaciones, curiosamente casi nunca utilizadas por los enemigos medievales de la homosexualidad, en la mayoría de los textos las conductas anatematizadas no se refieren a ésta, o, cuando aluden a ella, los juicios emitidos distan mucho de constituir una condena moral. Esta evidente tolerancia conoció una fortuna varia a lo largo de los doce primeros siglos de la era cristiana, pero sólo el período comprendido entre los siglos IV y VIII correspondió, según nuestro autor, a una regresión real de aquella subcultura gay que se venía desarrollando sin interrupción desde la Grecia arcaica. Para explicar este eclipse, John Boswell alude a un auge coyuntural de la intolerancia debido en parte a la ruralización de la Europa occidental. Sin embargo, a partir del siglo IX, y luego con mucha más fuerza durante los siglos XI y XII, los clérigos volvían a la tradición cultural gay sin que la Iglesia opusiera por lo general ninguna objeción importante a la homosexualidad. Los concilios locales no se preocuparon mucho por el tema y los autores de penitenciales no lo consideraban más reprehensible que la embriaguez. Cuando el obispo de Chartres, a fines del siglo XI, intentó impedir que se nombrara en la diócesis de Orleans a un homosexual notorio, conocido bajo el sugestivo apodo de Flora, antiguo amante del arzobispo de Tours y del anterior obispo de Orleans, no consiguió convencer a Urbano II, poco sospechoso, sin embargo, en materia de buenas costumbres. Flora fue consagrado el 1.º de marzo de 1098 y administró su diócesis con aprobación universal durante cuarenta años. No expondremos con más detalle el abundante material manejado por John Boswell a lo largo de su demostración. Queda claro que los siglos XI y XII fueron una verdadera época áurea para la expresión del sentir homosexual entre la clerecía ilustrada, tanto desde el punto de vista de la celebración física del eros minoritario, como desde su vertiente poética y mística, las tiernas amistades viniendo a ser ejemplares del amor de Dios para el hombre. A este respecto, los textos que cita de San Anselmo y de otros claros e ilustres pilares de la Iglesia son altamente significativos del substrato homoerótico que alimentaba la relación maestro-discípulo.

A partir de mediados del siglo XII el panorama cambió rápidamente. El combate lo emprendieron los hombres de Iglesia más influyentes, cada día más numerosos en desear la condena de todos los comportamientos minoritarios, particularmente los sexuales. Apoyándose en el sentimiento de hostilidad compartido por la mayoría del pueblo hacia las minorías, y en la voluntad real de uniformizarlo todo y de legislar sobre todo, lograron que se tomaran medidas cada vez más represivas. Laterano III, en 1179, fue el primer Concilio ecuménico que condenara la homosexualidad, todavía con cierta moderación. Un siglo más tarde, cuando Tomás de Aquino empezaba a redactar la *Summa*, hacia 1265, las disposiciones antihomosexuales ya se habían incorporado a los distintos códigos de Castilla, de Francia y de Italia. En el transcurso de un siglo el sodomita pasó a ser carne de hoguera. En este proceso represivo —John Boswell lo demuestra de manera más bien convincente— los teólogos y los moralistas no hicieron sino seguir la opinión popular, buscando los fundamentos bíblicos, teológicos o experimentales de los cuales estaba falta. A este respecto, la utilización del concepto personificado de Naturaleza sólo pretendía justificar los prejuicios populares. Esta noción de **Natura** carecía de contenido preciso y se usó de manera contradictoria: los moralistas, por ejemplo, preferían no evocarla a propósito del incesto, puesto que los animales eran incestuosos «naturalmente». Esta figura literaria, proveniente sin duda alguna del paganismo, vino a tomar a cargo las opciones de la mayoría, llegando a dominar incluso la teología dogmática. El propio Santo Tomás siguió sus preceptos sin criticarla.

A pesar de su sutileza y de lo convincente de su estilo, la demostración de Boswell deja en la sombra importantes factores de análisis. Como lo confiesa el propio autor en la conclusión del libro, el triunfo de la intolerancia resulta difícil de explicar:

«La hostilidad hacia el mundo gay comenzó a manifestarse en Occidente durante el periodo de desmembramiento del Imperio —o sea, entre los siglos III y VI—, bajo la acción de **factores que es imposible analizar correctamente**, pero que incluyen seguramente la desaparición de las subculturas urbanas, el incremento del intervencionismo gubernamental en lo tocante a la moral privada y un movimiento general en pro del ascetismo en materia sexual (...). El renacimiento de la economía y de la vida urbanas, perceptibles a partir del siglo XI, se acompañó de una reaparición de la literatura gay a la par de otras manifestaciones que acreditan la existencia de una importante minoría gay (...). Sin embargo, a partir, globalmente, de la segunda mitad del siglo XII, una hostilidad más virulenta

se expresa en la literatura popular que acaba impregnando los textos teológicos y jurídicos. **No se puede proponer una explicación satisfactoria de tal cambio**, pero cabe relacionarlo, sin duda alguna, con la agravación general de la intolerancia dirigida contra los grupos minoritarios, intolerancia que refleja la historia de las instituciones eclesiásticas y civiles a lo largo de los siglos XIII y XIV (...), y que por primera vez tiene los medios de imponerse a todos en los nuevos Estados en gestación desde la alta Edad Media.» (Págs. 333-334; las negrillas han sido marcadas por nosotros.)

Esta conclusión plantea más problemas de los que permite resolver. En primer lugar, es de lamentar que el autor, empeñado en minimizar el alcance del debate en torno al carácter «contra natura» de las prácticas homosexuales, no haya intentado un análisis más profundo y documentado de la idea de Naturaleza y de sus relaciones con las de pecado y de transgresión. Del mismo modo, al no plantearse el problema del funcionamiento de la dialéctica medida-desmedida en el discurso legal y teológico-moral, el autor convierte el concepto de **Natura** en una amalgama harto enmarañada. Por fin, si es cierto que la hostilidad popular hacia las minorías desempeñó un papel motor determinante, ¿por qué no haber expuesto con algún detalle las concepciones mayoritarias vigentes en materia de sexualidad? ¿Qué función asume en los términos de la condena oficial la estrategia —religiosa, moral y política, pero también **económica**— de defensa del matrimonio? Otros historiadores contestarán a estas preguntas. Todavía queda mucho por hacer, felizmente. Uno de los mayores méritos del libro de Boswell consiste precisamente en suscitar de manera tan estimulante la prosecución del debate.

Rafael Carrasco